

oro; y aunque Cortés respondió que no podían quejarse de la fortuna hasta entónces, que seria bueno ver más puertos y tierras, que entretanto no faltaria bastimento, pues habia experiencia que lo habia; á las instancias que le hicieron, mandó pregonar que para otro día todos se embarcasen, cada cual en el navío que habia venido. Pero como los más eran de parecer contrario, que los de Velazquez eran cuátro ó seis, todos replicaron que el pregon que se habia echado en Cuba era que se poblase, por ser servicio de Dios y del rey, y que volverse era haberlos engañado, y que esto importaba, por que otra vez quizá no los dejarían desembarcar; que tratase de fundar una villa, y elegir alcaldes y demás oficiales, y que se nombrase capitán general y justicia mayor por el rey. Aceptó Cortés; y tomando testimonio ante Diego de Godoy, escribano real, trató de poblar con las ceremonias necesarias.

CAPITULO V.

Del principio de la poblacion de la Nueva-Espana.

46. Fernando Cortés, en los negocios cuidadoso, en los peligros prevenido, en las determinaciones resuelto, y en las resoluciones eficaz, fundó la Villa Rica de la Veracruz, corregidores, y por alcaldes á Alonso Fernandez Portocarrero y á Francisco de Montejo: para las entradas á Pedro de Alvarado; maese de campo, Cristóbal de Olid; alguacil mayor á Juan de Escalante; tesorero á Gonzalo Mejía; contador á Alonso de Ávila; alférez real á Corral; alguaciles del real, á Ochóa y Alonso Romero. Hecha y fundada la villa, sacó los poderes de Diego Velazquez y el pregon que se dió en Cuba, y los que traía de los padres gerónimos, y hizo auténtica renunciacion de ellos ante el escribano y los regidores y alcaldes, y que nombrasen capitán y justicia mayor, y con promesa de que sacado el quinto de su majestad, le hacian donacion del quinto de lo que se ganase, puesto que como tierra

nueva no llegaba á ella la jurisdiccion de los sobredichos, todos le nombraron por capitan y justicia mayor. Aceptó, y hizo el juramento; y todo se insertó para dar noticia á su majestad, y luego mandó poner en la plaza de la villa que se fundase horca y pico para el castigo necesario.

47. Viendo, pues, los aliados de Diego Velazquez la eleccion, se amotinaron; y puestos en prision Juan Velazquez, Diego de Ordaz y Escobar el paje, y Pedro de Escudero, los llevaron con cadenas á los navíos; pero como Cortés fundaba su mando más por caricias y razones que por rigores, procuró atraerlos á su amistad con palabras de amor, y á pocos días los sacó de la prision y los tuvo por amigos. Determinando ir al pueblo donde estaba el puerto, vinieron cinco indios de Zempoala á dar embajada, con presente de comida de parte de su cacique; y sabiendo que de allí estaba Quiahuiztlan cerca, envió á avisar al cacique cómo iba á verle; á los navíos mandó que llevaran al dicho puerto, y todo el ejército con la artillería salió por tierra. Llegaron á la Veracruz vieja, donde no hallaron indios, porque juzgaron los iban á castigar; hallaron sacrificios y sangre derramada, ídolos y sahumero, y poco que cenar. Pasaron el rio en canoas y balsas con ayuda de los de Zempoala; pasaron la sabana grande, donde vieron venados; entraron allí con doce indios cargados de gallinas y tortillas, enviados del cacique de Zempoala, y durmieron en

un pueblo que le pertenecía, donde cenaron regalados. Ayudaron los indios á tirar de la artillería, y envió á avisar Cortés cómo iba. Antes de llegar, como iban por delante corredores que dieran aviso, por si acaso hubiera emboscada, el uno de ellos divisó las paredes del templo de Zempoala, que eran de yeso bruñido, y á toda prisa volvió al ejército á dar nueva que había visto las paredes de plata, de que hubo gran risa. ¡Tanto puede el deseo de la riqueza, que el yeso le pareció al soldado plata!

48. Salieron á recibirlos veinte indios con flores y collarés de rosas, diciendo que su cacique, por ser muy grueso, no salia en persona. Luego que vieron la hermosura del pueblo y su frescura, donde cada casa tenia su huerta con agua á la mano, y parecía un ameno paraíso, unos le llamaron Villa Viciosa, otros Sevilla, que hoy al presente no tiene casas y sirve de estancia de ganado mayor. Fueron aposentados en el templo mayor, que tenia otros menores, en cuyas salas cupieron todos. El cacique gordo fué á visitar á Cortés, y de él bien recibido, con otros principales, cuando estando en esto llegaron cinco cobradores de tributos de Motecuhzumá, y dejando á Cortés, salieron á darles posada, como á la misma persona del emperador. A la mañana salieron para un pueblo, média legua de Quiahuiztlan, con cuatrocientos indios de carga que dió el de Zempoala, porque yendo de paz, era

entre ellos orden dar indios de carga para aliviar á los caminantes.

49. Al otro dia, á las diez, llegaron á Quiahuiztlan; y por temor de alguna resistencia, se mandó fueran todos en orden de guerra; y porque Alonso de Villanueva salió del orden, Alonso de Ávila, capitán, le dió un bote de lanza en el brazo y quedó manco. No hallaron indios en las casas, porque de miedo se habían ausentado: quince de ellos estaban con braseros; salieron á recibir á Cortés, que con caricias les habló, y rogó que volviesen á poblar sus casas. Con la vista de los cargadores de Zempoala y las razones de Cortés, aquella noche se vinieron todos á las casas, y á la mañana fué el cacique á disculparse de que, no sabiendo si llevaría bien Motecuhzuma el recibirlos, se habían ausentado; y con lágrimas en los ojos comenzó á referir su tiranía, cómo, fuera de los tributos, les quitaba á sus hijos para sacrificar, y muchos de los suyos: plática que el de Zempoala habia tenido con Cortés, de que nó poco se alegró, porque tenia enemigos. Respondió lo que al otro cacique, que venia de parte de su rey á deshacer agravios, y á que no se sacrificasen hombres; cuando en esto llega en sus andas el cacique de Zempoala, quejándose de los mexicanos, que los habian reprendido por el agasajo, y que les pedian veintisiete indios que sacrificar para aplacar á sus dioses, y que ya habian entrado á Quiahuiztlan á lo mismo. Mandó Cortés

que los prendiesen, y al punto, á toda diligencia, los amarraron en unos maderos, y á uno que se resistia le dieron muchos palos, que un indio contra otro (ayudado) es el peor enemigo. Despidiólos, prometiendo libertarlos, y díjoles muchas cosas de la ley evangélica y religion cristiana.

50. A la média noche hizo traer en secreto á dos de los presos, y dándose por desentendido se compadeció de ellos; y porque no corriesen peligro mandó que en un batel los echasen á otro paraje, enviando con ellos recado á Motecuhzuma, que supiese que era su servidor y libreria á los otros tres criados suyos. A la mañana hizo que sentia el que se hubiesen escapado los dos, y dijo que él guardaría á los tres; y porque supo que los querian sacrificar, los llevó á los navíos, de donde los remitió como á los otros. Con agradecimiento de que habia librádolos, envió Motecuhzuma las gracias, y un regalo; á dos sobrinos suyos con cuatro indios principales. Recibiólos con caricia, y hizo que escaramuzasen sus soldados, y dándoles de lo que tenia, los despidió contentos. Viendo los totonacas el presente y embajada, vinieron admirados de que enviase presente cuando esperaban guerra, y díjoles Cortés, que advirtiesen cómo era verdad lo que decia, pues porque ellos los defendian no se atrevia Motecuhzuma á darles guerra ni pesadumbre; y corrió la voz por todos los totonacas, y con ella creció la opinion de los españoles.

51. Mandó Cortés hacer una fuerza en Villa Rica para defensa, y fué el primero que abrió cimientos, á que ayudaron los indios; y viendo los de Diego Velazquez que el intento era poblar, llegaron siete soldados á pedir licencia, como se la habia prometido en el arenal, para volverse á Cuba. Y díjoles: que aunque desamparaban la bandera y á su capitan dejaban solo, que se embarcasen. Y mandó darles una botija de aceite y del bastimento que habia. Moron cambió su caballo á Juan Ruano; y ya que se querian ir, fueron los alcaldes y regidores á requerir á Cortés que no diese á ninguno licencia, por ser contra el servicio de Dios y de su majestad, y pusieron pena de muerte al que saliese de la tierra, y quedóse el caballo vendido y ellos burlados.

52. Los indios de Zempoala vinieron á pedir favor á Cortés, diciendo que en Tztimpantzinca unos soldados de Motecuhzuma los habian alborotado para hacerles guerra. Salió Cortés con cuatrocientos soldados y trece de á caballo, y cuatrocientos indios de Zempoala cargadores y dos mil de guerra; y ántes de llegar salieron ocho indios principales llorando porque queria destruirlos cuando á los demás amparaba; que habian estado allí como solian mexicanos de guarnicion que se habian ido, y que los de Zempoala eran sus enemigos por antiguas enemistades, y que se querian vengar. Cortés mandó á Pedro de Alvarado detu-

viere los indios de Zempoala en el campo, y halláronlos robando á las estancias, de que recibió Cortés enojo. Llamó á los capitanes indios, y mandó que se volviese todo lo robado y se entregase á sus dueños, y mandólos salir á dormir al campo. Aquella noche fueron regalados, y predicóseles la fe; y mandó que no sacrificasen hombres. A la mañana llamó á los de Zempoala y hizo las amistades con ellos; y porque el soldado Mora tomó dos gallinas, le mandó ahorcar, y estando ya con la soga, Pedro de Alvarado le cortó con la espada la soga estando junto de Cortés, y aunque quedó vivo, estuvo de la garganta lastimado.

53. Volviéronse á Zempoala por otro camino, y en dos pueblos fueron bien recibidos. El cacique de Zempoala salió á recibirlos con comida, agradecido; y todos los caciques llevaron á los capitanes á sus casas. Al otro dia llevaron ocho doncellas, la una hija del cacique: agradeciolo Cortés y dijo que primero habian de quitar los ídolos y aquellas suciedades de sacrificios, y recibir la fe de Jesucristo y las sodomías; porque tenian varones en traje de mujeres, de que se servian. Súpolo decir Doña Marina con tanta eficacia, que dijeron que hicieran lo que quisiesen, que ellos no se atrevian á llegar á sus dioses; pero que harian lo que convenia. Al punto mandó Cortés hacer pedazos los ídolos; y aunque sus fingidos sacerdotes lloraban y se tapaban los ojos, estuvieron sosegados los

demás. Hizo que se limpiase el templo de la sangre, y al otro día se encaló y blanqueó: púsose una cruz y una imágen de Nuestra Señora: á los sacerdotes los hizo cortar las melenas y afeitar, y ponerles mantas blancas, que las traían negras y con capillas. Cantóse una misa, y encargó el aseo de barrer á un viejo, español, tuerto, llamado Juan de Torres, y catequizadas las doncellas se bautizaron: á la del cacique le pusieron Catarina, y á otra hermosa, que dió á Portocarrero, Francisca: repartieronse entre los capitanes bien vestidas: abrazó á todas Cortés, y dijo los tendria por hermanos, pues ya daban muestras de cristianos. Fuéronse á Villarica, y quedaron todos contentos por ver que llevaban con estimación á sus hijas.

54. Hallaron que aquel día habia llegado un navio de Cuba: por capitan Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rio Seco, á quien llamaron el Pulido, porque se vestia muy galan: traía un caballo y Luis Martin una yegua, con diez soldados. Trujeron nuevas cómo á Diego Velazquez le vino título de adelantado y licencia para poblar, y cómo le estaban tomando residencia del oficio de gobernador por el licenciado Suazo, con órden de los padres gerónimos Fr. Luis de Figueroa, Fr. Alonso de Santo Domingo y Fr. Bernardino de Manzanedo, gobernadores de Santo Domingo.

55. Determinó Cortés despachar procuradores á Su Majestad; y hecha relacion de todo lo obrado,

escribió una carta de su parte y otra de la ciudad, pidiendo le confirmase en capitan y gobernador. Recogieronse los quintos, y á cada soldado, por ser el primer envío, se le pidió donativo: Cortés no quiso el quinto que le prometieron: nombráronse por procuradores á D. Alonso Portocarrero y á Francisco de Montejo. Diéronsele tres mil castellanos de oro para su gasto; y con el mejor navio, quince marineros y el piloto Anton de Alaminos, se dieron á la vela; y aunque no llevaban órden de que no se tocase en Cuba, á persuasiones de Montejo llegaron á sus estancias que están en Marien, con título de hacer carne. Despachó Montejo cartas á Diego Velazquez de cómo iba y la cantidad que llevaban; y aunque aprestó dos navios para detener al que iba, ya habia desembocado por el canal de Bahama, que fué el primero que halló ese viaje. Salió en 26 de Julio el año de 519: llegaron con bien; pero con el obispo de Burgos, D. Juan Rodriguez de Fonseca que gobernaba á España les fué mal, porque Benito Martin, capellan de Velazquez, que se hallaba presente, le informó que se habian alzado y que eran traidores. Mandó que se les embargase lo que llevaban, quitóles las cartas y echó en la cárcel á D. Alonso Portocarrero, por decir se habia llevado á una mujer á las Indias tres años habia. Escribió el obispo á Su Majestad contra Cortés y los suyos, y remitió el oro aunque no todo. Martin Cortés, padre de Cor-

tés, y el licenciado Núñez, relator, con el duplicado de las cartas donde iba otra memoria y con lo que pudieron escapar, se fueron á Tordesillas, donde las dieron al emperador, que viendo tan contrario el informe y el oro que habia faltado, y con la ayuda de los informes de otros caballeros que estaban mal con el obispo por la soberbia con que gobernaba, y sabido el trato con que le comunicaba Velazquez, cayó en desgracia: escribióle una carta bien áspera, así por la prision de los procuradores, como por no haber remitido la relacion de las cartas y memoria de joyas, y mas por la falta de las que se le habian quedado: Celebróse entre los señores la valentía de Cortés, el hallazgo de tierra tan rica como lo manifestaba la experiencia, y salieron en todo y por todo con buen despacho y con buena opinion de servidores de Su Majestad.

56. Luego que en Cuba supo de lo sucedido Velazquez, trató de hacer una armada contra Cortés, amenazándole con el castigo. Envió á los padres gerónimos á dar la queja; y cuando entendió hallar en ellos acogida, encontró con la repulsa, porque le enviaron á decir que Cortés obraba como vasallo del rey y buen soldado, con licencia que tenia suya. Envióse al licenciado Lucas de Ayllon para que fuese con la armada y reconociese como oidor de Su Majestad, la verdad de lo que Cortés obraba en servicio de Su Majestad.

57. A los cuatro dias que salió el navío para

España, ciertos hombres de la mar que llamaban los penates (á quienes en Cozumel hizo azotar Cortés porque hurtaron algunos tocinos), con Pedro de Escudero, Juan Cermeño, Gonzalo de Umbría, piloto, Bernardino de Coria y el padre Juan de Meza, acordaron de huirse en un navío ligero, para avisar á Diego Velazquez que cogiese el aviso despachado; y ya que iban á embarcarse dió aviso Coria á Cortés, y á media noche, hora en que tuvo el aviso, fué al navío, prendiólos, quitó el timon y sacó las velas; y hecha la causa, confesada la verdad, mandó ahorcar á Escudero, que fué el alguacil que prendió en Cuba á Cortés antes de casarse: y no le valió el ser su compadre, y con él á Juan Cermeño. Cortáronle al piloto los piés, y dieron doscientos azotes á los penates; y aunque pareció rigor, á veces importa un castigo ejemplar de unos para la enmienda de los otros.

58. Para mayor seguridad, estando para el viaje á México, en Zempoala avisó Juan de Escalante, de la Villa Rica, que un navío habia surgido á la boca de un rio tres leguas, y Cortés en persona salió con soldados, encontró con cuatro españoles y Guillen de la Lúa entre ellos, que venia por mandado de su capitan Alonso Alvarez Pineda á tomar posesion: prendiólos, y porque saltasen otros en tierra, hizo trocar vestidos á sus soldados y estuvo escondido en los Médanos: llamaron al navío y saltaron dos marineros; y conociendo los del ba-

tel eran soldados de Cortés, por el orden que traían de Francisco de Garay, que estaba en Jamaica, y habia enviado á Pánuco al dicho Pineda, y que no se topasen con Cortés, huyeron, y dejaron los seis que se agregaron á Cortés.

59. Acordó como valeroso, aunque muy confiado, quitar las ocasiones de fuga, y trató con los pilotos que le dijese cómo los navíos no estaban de provecho: hizo que le pesaba mucho, y pidió consejo á todos, que dijeron seria mejor que se echasen al traves para aprovechar las velas y la jarcia y no perderlo todo; y que la gente de mar ayudaria á la fábrica de la fuerza: así se lo mandó á Juan de Escalante, que lo puso por ejecucion, dejando dos chinchorros para pescar: algunos dicen que de hecho hizo dar barrenos á los navíos; pudo ser que para que hiciesen agua de secreto lo ordenase, porque no es de creer que sin parecer de todos se ejecutase, porque á todos pertenecia, así el tener navíos como el valor de ellos. Vino Escalante con una capitania de los de la mar, que algunos de ellos salieron buenos soldados, y encomendado á los caciques, tomándole por la mano dijo que era aquel que quedaba en su lugar y su hermano, y luego le sahumaron, como dándole la obediencia, y se despidió de la armada con sus soldados para Villa Rica.

De la jornada que hizo Cortés para Tlaxcala, y lo que pasó hasta que entró en ella.

CAPÍTULO VI.

De la jornada que hizo Cortés para Tlaxcala, y lo que pasó hasta que entró en ella.

60. Bien considerada y dispuesta la jornada, fueron de parecer los caciques de Zempoala que fuesen por Tlaxcala por ser sus amigos y de los mexicanos enemigos. Salió, pues, en 16 de Agosto del año 519, habiéndose encomendado á la Virgen, con cuatrocientos soldados de á pié y diez y seis á caballo, y seis piezas de artillería, con 400 indios cargadores: acompañaronle los principales hasta la primer jornada: al otro dia llegaron á Jalapa, donde fueron bien recibidos; y de allí á otro pueblo pequeño; y de allí á Texotla, y en cada pueblo les predicaban y ponian cruces. Estos los recibieron con regalo, por ser de los confederados con Zempoala: aquí, entre unos venados, se quedó un potrillo, que despues de año y medio lo hallaron grande: entraron, pasada la sierra, en el despoblado, donde sintieron el frío y les llovió.

61. Pasaron á Xocotla, pueblo grande de vein-